

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION. Sale los días 5 y 20 de cada mes desde el 5 de febrero. Cada número consta por lo menos de 16 páginas. Al fin del año se repartirán los índices y portadas correspondientes. —Cuesta en Madrid 3 rs. al mes, llevado á casa de los suscritores. Pagando un año adelantado 32 rs. —En provincias 10 rs. por trimestre y 36 por un año.—Se suscribe en Madrid, librerías de Bailly-Baillière y Duran, y en la administracion, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso segundo, derecha.—Las suscripciones de provincias se harán en carta franca al administrador de EL ECONOMISTA, por medio de libranzas ó sellos de franqueo.—No se admitirá correspondencia que no venga franca de porte.—Las reclamaciones se dirigirán á la administracion.

## REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

### II.

En el número anterior espuso el ECONOMISTA algunas reflexiones generales sobre la proteccion, y dedujo de ellas que debia destruirse completamente, conservando solo, si acaso lo exigian los gastos públicos, la aduana como instrumento fiscal. Hoy vamos á continuar nuestra tarea con el exámen del proyecto de ley presentado por el Gobierno.

Críticos imparciales, como completamente ajenos á las turbulentas pasiones de la politica, debemos desde luego decir, que los aranceles propuestos constituyen en la generalidad de sus partidas un gran paso hácia la libertad comercial. Disminuyen el número de artículos prohibidos, fijando una época, el 1.<sup>o</sup> de Enero de 1864, para que desaparezcan por completo las prohibiciones; se rebajan los derechos de un gran número de artículos, y se unen además bajo una misma partida algunos que antes estaban separados, simplificándose por consiguiente la administracion.

Apesar de que, como ya dijimos en el primer artículo, creemos que debia suprimirse desde luego la prohibicion, nos hubiésemos dado la mas completa enhorabuena, si al lado de las modificaciones que acabamos de indicar, no viéramos algunos aumentos injustificables en los derechos de ciertos artículos, y sobre todo, si el preámbulo del proyecto de ley, consignando los únicos y verdaderos principios económicos, hubiera imposibilitado el retroceso en el saludable camino de la reforma, en lugar de dejar abierta la puerta, con los infinitos errores y contradicciones de que adolece, á las reformas en sentido contrario, alejando el dia en que podremos disfrutar la libertad que la justicia y el bienestar general reclaman.

Concretándonos por ahora en nuestra critica al preámbulo cit-  
5 de Marzo de 1856.



tado, tropezamos con la dificultad de hacerla con el orden debido; orden imposible de observar cuando se trata de un documento que abraza tan diversos puntos, pareciendo mas bien que un todo uniforme y razonado, una reunion de partes inconexas y contradictorias; ora proclamando á medias principios librecambistas mal comprendidos, ora defendiendo la proteccion llevada unas veces á su mas alto grado de desarrollo, y otras mas ó menos disfrazada ó encubierta.

Despues de indicar las variaciones propuestas en épocas anteriores y las disposiciones que rigen en materia de tan grande interés, se hace observar en el preámbulo del proyecto de ley lo cortos que son los rendimientos de las aduanas en nuestro pais, donde cada individuo por término medio satisface unos 10 rs., mientras que en Inglaterra, Estados-Unidos y Francia satisface cada habitante por aduana 80, 42 y 20 rs. Claro es que aunque nuestra legislacion en este punto fuera la mas conveniente, no podríamos igualarnos con esos paises que, mucho mas ricos, tienen mucho mas que nosotros para dar en cambio de los productos extranjeros; pero esta desventaja nuestra que siempre ha de influir en contra de la aduana como renta del Estado, cualquiera que sea la legislacion de los cambios, se aumenta extraordinariamente por la mal llamada proteccion, porque los rendimientos de las aduanas tienen que ser tanto mas cortos, cuanto mayor importancia se haya dado en la fijacion de los derechos al principio protector, opuesto é incompatible con el interés fiscal, como hemos hecho ver en el número anterior. Una prueba de esto, hasta cierto punto, es el mismo ejemplo citado de Inglaterra, Estados-Unidos y Francia, puesto que los rendimientos menores por habitante son los correspondientes á esta última nacion, donde la proteccion tiene mayores proporciones, y los rendimientos mayores, los correspondientes á Inglaterra donde la proteccion ha muerto.

La renta de aduanas está tambien muy disminuida por el contrabando, que ha llegado á ser uno de los *males sociales mas graves de nuestra pátria*, como se afirma con razon al fin del preámbulo, aunque antes se dice que se exagera por los partidarios de la *libertad comercial casi ilimitada*, con perjuicio de la *causa que pretenden apoyar*. El contrabando nace con la proteccion y de ella vive. Cuanto mayores son los derechos, mas aliciente tiene, y jamás podrá ser destruido por la persecucion, mientras en él haya lucro; pero debemos observar que la persecucion es un medio indirecto de combatirlo; lo lógico, lo racional, si tantos son los daños que produce, es suprimir la causa, es decir, suprimir los derechos protectores.

Dejemos el contrabando y vamos á las llamadas *primeras materias*. «En buenos principios administrativos corresponderia eximir de derechos ó señalar unos muy módicos de entrada en el reino á las primeras materias que se emplean en nuestras fábricas.» Cualquiera al leer las anteriores líneas creará que dichas materias estan



en condiciones económicas completamente distintas que las demas, y sin embargo, estan exactamente en las mismas condiciones. Extraña contradiccion es en la que incurren la mayor parte de los proteccionistas, que olvidan los intereses del consumidor cuando se trata de los productos fabricados, y los recuerdan saliendo á su defensa, cuando se trata de las primeras materias, respecto á las cuales el primer consumidor es el fabricante. Esta contradiccion proviene de un error fundamental que consiste en suponerlas vírgenes de todo trabajo humano, cosa insostenible, aunque no sea mas que reflexionando que si así fuera, carecerian absolutamente de valor. Al querer proteger por lo tanto á unos industriales, se perjudica á los que se dedican á la produccion de las primeras materias, siendo una prueba de lo que estamos diciendo los debates que ha habido en la informacion parlamentaria, donde entre otros casos que podriamos citar, recordamos que un sôcio de una fundicion establecida recientemente en Barcelona, reclamó contra la rebaja de derechos de los lingotes, y con este motivo impugnó á dos fabricantes de Málaga que se conformaban con la rebaja, porque deseaban la primera materia á los precios mas bajos posible.

Si la proteccion es perjudicial para la riqueza del pais, deben suprimirse los derechos protectores, tanto para las primeras materias, como para las demas, y de este modo no incurriremos en indignas contradicciones; pero segun el preámbulo *«en España es indispensable, y lo será por algun tiempo, que la imposicion recaiga sobre aquellos artículos que tengan similares en nuestra produccion agricola ó minera,»* y con estas pocas palabras ya estamos en plena proteccion para las primeras materias, á pesar de lo anteriormente dicho respecto de ellas. Como ejemplo se pone entre otros el carbon de piedra, que tiene la circunstancia de empezarse á explotar en grande escala en muchas provincias por efecto de la proteccion de las leyes, y que tiene que ser de utilidad inmensa para la industria en general; pero en el dia no lo será si se necesita un derecho protector que impida la entrada del carbon extranjero, que deberá salir á menor precio, pues de lo contrario no seria necesaria la proteccion; resultando que hasta que nuestro carbon pueda venderse al mismo precio que el extranjero, la industria estará pagando esta primera materia mas cara.

Y con esto se destruye otro error muy admitido, que consiste en suponer que la proteccion es conveniente hasta cierto punto, es decir, hasta que las industrias han adquirido cierto grado de desarrollo, por los mayores obstáculos que al principio encuentran. Nunca hace mas falta la libertad en los cambios que cuando la produccion tiene mas dificultades que vencer, comparada con la de otros paises, porque entonces es cuando son los cambios mas ventajosos. Ademas, como una industria, por muy perfeccionada que esté, siempre tiene delante de sí un vasto campo para hacer mejo-



ras, resultaria que una vez admitido el principio anterior, no sabríamos cuándo debería cesar la protección, y por consiguiente que debería existir siempre que los precios de los productos indígenas fuesen mayores ó iguales que los de los productos extranjeros.

Bajo el punto de vista fiscal las primeras materias deben satisfacer los mismos derechos que las demás, pues si se dejan completamente libres, y se recargan estas, entonces la contribucion se reparte con mucha mas desigualdad, pagándola solamente los que usan los objetos manufacturados que vienen del extranjero, mientras que del otro modo se reparte entre estos, los fabricantes y los que usan los productos de las fábricas del país. Además, casi todos los objetos introducidos deberían ser libres, pues de una manera ó de otra son primeras materias para la producción de los demás; tal es la relación que existe entre todas las industrias.

Dícese también en el *preámbulo* que los *aranceles regulan los cambios*, y que *importa armonizar las legislaciones no convirtiéndonos en imitadores ciegos y con poca inteligencia de lo que en otras partes se practica*. En efecto, no debemos ser ciegos imitadores de los demás pueblos, y por esta razón las modificaciones que hagamos en nuestros aranceles no deben tener por objeto *armonizar las legislaciones*, dejándonos llevar del error que á muchos induce á creer que no es conveniente destruir los derechos protectores para dejar entrar los productos extranjeros, si al mismo tiempo en los demás países se prohíbe la entrada de los nuestros; sin comprender que los aranceles protectores no regulan los cambios, sino que los dificultan, constituyendo verdaderos obstáculos artificiales; de modo que cualquiera de dos pueblos que los suprima dará un gran paso en favor de su riqueza, aunque el otro se mantenga pasivo en la reforma, pues de los dos obstáculos no dejará mas que uno.

Pero lo que no puede menos de causar admiración es que se diga que Inglaterra, al reformar sus aranceles, «ha comprendido que tiene que luchar, á pesar de sus ventajas naturales, con un grave inconveniente que *dimana de la misma abundancia de capitales, y que es anejo al gran desarrollo de la riqueza: la carestía de los artículos indispensables para la vida.*» Uno de los agentes de la producción es el capital, y este no es mas que una parte de la riqueza que, en vez de ser inmediatamente consumida, se dedica á la producción. Las industrias que proporcionan los artículos principales de la vida están en las mismas condiciones económicas que las demás, y así, cuantos mas capitales haya, mas abundancia habrá de esta clase de productos y por tanto estarán á menor precio. La causa de la carestía de dichos artículos es la falta de buenas condiciones naturales en que se encuentra dicho país por su clima y posición para tales producciones; debiendo á la libertad de comercio el poder disfrutarlos á precio todavía menor que el que tienen en otros países mas favorecidos por la naturaleza.



La grande estension del documento que nos ocupa y las muchas reflexiones á que naturalmente da lugar, nos obliga á suspender por hoy nuestra tarea, que continuaremos en el próximo número.

---

## LA CIENCIA Y LA APLICACION.

Entre las muchas armas vulgares, que por los *soi-disant* hombres prácticos se emplean contra los principios de la economia política, ninguna hay tan generalizada como la acusacion de *absolutos* y á sus defensores de intransigentes. *No hay principios absolutos*, es la *última ratio* á que acuden cuando no encuentran ya que oponer á las demostraciones científicas, y abandonan la discusion, satisfechos de su absurdo aforismo, que limitan sin embargo á las ciencias morales y políticas; porque no habria nadie que, sopena de esponerse á que lo encerrasen en una casa de locos, se atreviera á comprender en él las que se llaman ciencias físicas y matemáticas.

¿Pero qué quiere decir ciencia, como no sea verdad absoluta? Las ciencias están formadas *esclusivamente* de esta clase de verdades, no de verdades relativas, de verdades á medias. Y nótese aqui una curiosísima contradiccion: los mismos que niegan á la economia política la categoria de *ciencia*, la acusan porque sus principios son absolutos, ó lo que es lo mismo, científicos.

Hemos empleado el adverbio *esclusivamente*, porque desde el momento en que se trata de poner en práctica para las aplicaciones necesarias al hombre, alguna de las reglas que emanan de esos principios absolutos, abandonamos el terreno de la *ciencia*, para entrar en el del *arte*, cuya mayor perfeccion no depende solo de la exactitud de aquellos, sino tambien del grado de inteligencia y de medios materiales que el hombre alcanza de cada época y en cada localidad.

Pero como esos medios no son, no podrán nunca ser perfectos; como tienen que dar siempre resultados mas ó menos aproximados, los que por ignorancia ó conveniencia propia se oponen á las reformas que la economia política aconseja, aprovechan como un arma la imperfeccion de los medios que puede emplear el hombre, para desacreditar los principios en que se fundan las reformas, deduciendo de esa imperfeccion con sobra de ligereza y falta de lógica, que en el orden económico no hay principios absolutos, y por lo tanto que los que en economia política como absolutos los consideran y defienden, están lejos de la verdad.

Quien tales deducciones hace falta de un modo lastimoso al buen sentido; confundiendo la *ciencia* que es el limite á que debe aspirarse, con el *arte* que constituye los medios de acercarnos á él,



y erigiendo en principios fundamentales de la economía de las sociedades, esos mismos *medios* variables con el progreso de la inteligencia y de las fuerzas materiales del hombre. Con este sistema se consigue una cosa: generalizar la idea de que es inútil estudiar las leyes económicas, y entregar las reformas que reclaman los males de la sociedad al puro empirismo, que casi nunca acierta y que por el irresistible impulso de la lógica lleva siempre al socialismo; esto es, á las *organizaciones sociales inventadas*.

Si de la imperfeccion del arte debiera deducirse que no eran absolutos los principios científicos, no habria ciencia alguna, empezando por las que se consideran como *absolutas y exactas* por excelencia. Para probarlo presentemos algunos ejemplos.

Uno de los principios de las ciencias físicas y matemáticas que se utiliza para el arte de la locomocion, es: que si se quiere evitar completamente; si se quiere anular la resistencia que opone á la traccion de las masas el rozamiento de la rueda del vehiculo con la superficie sobre que se mueve, es preciso que la llanta de la rueda sea un cilindro perfecto y la superficie un plano perfecto. Cuanto mas nos acerquemos á este limite, menor será la resistencia, mas fáciles serán los trasportes, menos *fuerza perdida* habrá en el movimiento. Pues bien, el hombre, convencido de esta verdad, ha ido mejorando sucesivamente los medios de que se valia para construir las ruedas y la superficie sobre que han de moverse, pasando desde la carreta armada de clavos de resalto, que camina sobre el terreno natural, hasta la rueda de la locomotora que corre sobre la pulimentada superficie del carril de hierro. ¿Llegará á anularse por completo el rozamiento? Jamas seguramente. Pero es por esto menos absoluto el principio? Es por esto menos necesario conocerlo? Hubiera podido el hombre seguir una marcha racional en sus inventos, sino hubiera conocido esa verdad, que es la luz que debia guiarle en sus investigaciones? Si el raciocinio de los hombres, que se llaman prácticos en las cuestiones económicas, fuera racional, la respuesta á las anteriores interrogaciones debiera ser afirmativa. Segun ese raciocinio, el principio citado no es absoluto; defenderlo como tal es un absurdo, y ninguna utilidad tienen para el hombre las ciencias matemáticas, cuyos principios no pueden realizarse mas que aproximadamente en las aplicaciones.

Otro ejemplo. No hay verdad que pueda considerarse como mas absoluta, que la siguiente: dos cosas iguales á una tercera son iguales entre si. Pues bien, supongamos que un Gobierno para facilitar la adopcion del sistema métrico, envia á cada provincia un metro modelo, con arreglo al cual puedan construirse luego todos los que se necesiten para las transacciones. Saldrán matemáticamente iguales entre sí todos los metros que se construyan por este patron? Seguramente que no, cualquiera que sea el esmero que se ponga en las operaciones, porque los medios de que se valga el hombre para ello



serán siempre mas ó menos imperfectos. Consecuencia segun la lógica de los prácticos sabios: que el axioma matemático no es una verdad *absoluta*; que hay casos en que dos cosas iguales á una tercera pueden no ser iguales entre sí, y que de nada sirve procurar la mejora de los métodos y herramientas que el hombre ha de emplear para este objeto.

Podríamos multiplicar hasta lo infinito los ejemplos, porque apenas hay una verdad matemática que no tenga alguna utilidad práctica y que pueda aplicarse completa y exactísimamente; pero creemos que bastan los presentados.

Veamos ahora lo que sucede en la ciencia económica. El principio cardinal de ella, su verdad mas importante, es que alli donde hay una restriccion, un obstáculo al libre empleo de los medios del hombre para la satisfaccion de sus necesidades, hay una pérdida de riqueza, como donde hay rozamiento hay una fuerza perdida para el transporte. Pero dicen los que acusan de absolutismo á los principios económicos: »Es imposible que lleguen á desaparecer todas las restricciones, porque no podemos organizar la sociedad de manera que cada individuo pague solo y exactamente las ventajas que reporta de los servicios públicos, y disfrute una libertad tan completa, que no exista algun obstáculo al empleo de sus facultades y de su actividad.» Pero, es menos cierto por eso el daño que causa el obstáculo? Es menos absoluto el principio? Es menos cierto que debemos tratar de acercarnos á ese límite y procurar que en la organizacion de la sociedad se adopten aquellas formas y condiciones, que reduzcan á la menor cantidad posible la suma de lo que podemos llamar *rozamientos sociales* y las pérdidas consiguientes? Es menos importante por eso para el hombre la ciencia que le enseña ese límite, y le indica la tendencia que deben tener las reformas? Puede prescindirse por lo tanto de los principios de la economia politica? (a)

Combátase enhorabuena la *exactitud* de esos principios con razones valederas, si las hay; pruébese que son falsos, pero no se los acuse solo porque son absolutos, cuando no se rechazan por tener esa cualidad los de las ciencias físicas y matemáticas. Absolutas son y deben ser las verdades económicas, y al hombre, no á la ciencia, debe echarse la culpa sino podemos alcanzar la perfeccion en la observancia de las reglas que emanan de ellas, como no podemos alcanzar la perfeccion en las que se deducen de las verdades de los demas órdenes naturales.

---

(a) Entiendase bien que hablamos de los obstáculos *naturales* que opone la imperfeccion de nuestros medios. Los obstáculos *artificiales*, creados por el hombre pueden suprimirse por completo, porque son obra suya. Ejemplo de esos obstáculos artificiales es la prohibicion de los cambios, que hace un efecto semejante al que haria una piedra puesta por la mano del hombre delante de la rueda del vehículo.



Sed lógicos por lo tanto, hombres que os engalanais con el dictado de prácticos y experimentados. Si despreciais la economía política solo por las dificultades que se oponen á la aplicacion completa de sus principios, despreciad tambien las matemáticas, despreciad las ciencias médicas, despreciad la razon. De otro modo, tendremos el derecho de acusaros de mala fé, ó creeremos que no comprendéis las leyes de la humanidad, cuyo carácter distintivo es el progreso; siendo el carácter distintivo del progreso la destruccion sucesiva y continua de los obstáculos.

---

## LA POESIA Y LA ECONOMIA POLITICA.

### UN POETA.—UN ECONOMISTA.

• • • • •  
EL POETA (*con mucha animacion*).—Si, estaba reservado á este siglo materialista el llamar *industria* á la *poesía*; en él habia de tasar el mercader las obras del poeta; en él habian de pesarse las Iliadas en la balanza del mercado; en él ¡oh Calderon, oh Moreto! se habia de dar á vuestras divinas creaciones ese nombre que apenas me deja pronunciar la indignacion.

EL ECONOMISTA (*con calma*).—Amigo mio; nadie pone en duda, ni lo sublime de la *poesía*, ni la inmensa influencia que ejerce sobre el hombre; lo que yo deseo probaros es, que todas esas concepciones poéticas satisfacen ciertas necesidades.....

EL POETA (*interrumpiéndole*).—¡Necesidades! ¡Necesidades! ¡Qué palabra tan material, ¡tan prosáica!

EL ECONOMISTA.—Al emplear la palabra *necesidad* quiero decir que hay en el alma humana un deseo informulado, una aspiracion al infinito que no satisface la materia, y que asi como muere el cuerpo si no se llenan cumplidamente las necesidades materiales, asi tambien muere el espíritu ó yace en profundo letargo si los poetas no le dan su pan espiritual. Y en este sentido os decia que las obras del poeta satisfacen necesidades, de un órden mas elevado que las demás; necesidades inmateriales si quereis darlas este nombre, pero que no por eso dejan de ser necesidades.

EL POETA (*con aire triunfante*).—¡Bravo! ¡Luego confesais que el poeta es útil, que la *poesía* tiene *utilidad*! ¡Luego cuando encontrais un libro de poesías en que el autor no ha escrito una estrofa sino inspirado por el sentimiento de lo bello, en que cada himno ha brotado de su alma como la vibracion de una lira colia agitada, ya por la fresca brisa de la tarde, ya por el huracan de la borrasca, vuestra alma se esponja, por decirlo asi, y os sentís trasportado á las regiones de lo ideal! ¡Luego vos tambien decís entonces: «La *poesía* solo puede ser inútil para el que no tenga alma!»

EL ECONOMISTA.—Sí, amigo mio, yo tambien me siento trasportado á las regiones de lo sublime; tambien mi alma se esponja; tambien digo: la *poesía* es útil, y á no ser asi, la economía política para nada se ocuparia de las creaciones del poeta.

EL POETA (*con desconfianza*).—¿Pero os referis por ventura á esa *poesía*



artificial, á esa poesia que nos han regalado falsos poetas; á esas poesias imitadas, doublé por oro, vil metal dorado al galvanismo? ¿Tal vez á la economía política puesta en verso?

EL ECONOMISTA.—Nada de eso; me refiero á la verdadera poesia, á la que brota del alma, á la que arranca lágrimas á nuestros ojos y violentos latidos al corazon; en fin, á la única poesia, que es la que conmueve y admira.

EL POETA.—¡Magnifico! Ves que no sois tan materialista como me figuraba; si olvidarais la economía política, tal vez pudiérais todavía salvaros.

EL ECONOMISTA.—Os repito, amigo mio, que nadie pretende negar la utilidad del poeta, y que lejos de eso, precisamente porque son útiles sus creaciones, se han ocupado de ellas los economistas. Ahora bien; el poeta no puede crear esas obras divinas, que tanto os admiran, sin poner su inteligencia, su imaginacion en actividad; en una palabra, sin *trabajar*.....

EL POETA.—¡Trabajo! ¡Trabajo! Me causa mal efecto esa palabra!

EL ECONOMISTA (*princiando á perder la paciencia*).—Ese *trabajo* será ciertamente en su mayor parte inmaterial; pero no por eso deja de ser *trabajo*; y aun suponiendo que vuestras obras sean resultado de la *inspiracion* y del *génio*, debereis principiar por desprender vuestra alma, por decirlo así, de la envolvente material que la rodea, necesitais romper los lazos que os unen á la tierra, para elevar vuestro vuelo á regiones mas puras.....

EL POETA (*entusiasmandose, porque le ha sonado bien lo de volar, regiones puras y lazos que se rompen*).—¡Oh, es verdad! ¡Qué esfuerzo de imaginacion necesita el poeta para desprender su espíritu de ese mundo material y egoista que pretende arrastrarle por el asqueroso fango de sus mezquinas.....

EL ECONOMISTA (*interrumpiéndole*).—Pues bien, ya veis como el poeta necesita trabajar.

EL POETA.—Sí, estamos conformes; pero su *trabajo* es elevado, sublime.....

EL ECONOMISTA.—Muy sublime, muy elevado; pero dejadme concluir. Hemos convenido en que el hombre experimenta el sentimiento de lo bello, que ama lo ideal, y que esto constituye una *necesidad*. Si esta necesidad no se satisface, el hombre padece y puede decirse que muere moralmente. El poeta se encarga de satisfacerla, y sus obras son el alimento del alma, ó por decirlo así, los productos inmatrimales que esta consume; mas para crear esas obras necesita ejercer un *esfuerzo*, necesita *trabajar*: y hé aqui todos los caracteres de una *industria*.....

EL POETA (*asustado*).—¡Otra vez!....

EL ECONOMISTA.—Tened un poco de calma. Hé aqui, decia, todos los caracteres de una industria; y para convencerlos de ello, recordad la definicion que dan los economistas de esta palabra. «*Industria*, dicen, es la aplicacion de las fuerzas, ya materiales, ya intelectuales del hombre á la satisfaccion de sus necesidades morales ó materiales.» ¿Creeis todavía que no puede sostenerse que la poesia, y particularizando mas la cuestion, la poesia dramática es una verdadera *industria*?

EL POETA (*muy admirado*).—¡Yo creí que industria!.... al menos eso entiendo todo el mundo..... ¡dais á esa palabra una estension!.... en fin, me parece....

EL ECONOMISTA.—Lo que á mi me parece es que habeis dicho que la literatura no es industria, sin saber lo que en economía política se entiende por esta palabra.



EL POETA (*con mucho calor*).—¿Y quién ha dado derecho á la economía política para hacer semejante aplicacion de la palabra industria? ¿Por qué no se ha limitado á comprender bajo ese título la creacion de objetos materiales? ¿No es una cosa horrible aplicar á Milton, á Tasso, á Byron, la misma denominacion generica que se aplica tambien al sastre ó al zapatero?

EL ECONOMISTA (*sin poder ya contenerse*).—Señor mio, en Milton y en el Tasso y en Byron vemos, como hombres, el génio, la inspiracion, un destello de Dios; pero como economistas no vemos mas que productores como el sastre y el zapatero; ¿y sabeis por qué? porque sus productos inmateriales se cambian en el mercado de la sociedad por otros productos materiales; porque en último resultado se cambian el Paraíso perdido y la Jerusalem libertada, y el D. Juan por un corte de levita ó de pantalon.

EL POETA (*saltando de la silla en que está sentado*).—¿Qué horror!....

EL ECONOMISTA.—O por un par de botas.

EL POETA (*huyendo á un rincon de la sala*).—¡Profanacion!

EL ECONOMISTA.—No señor, no hay tal profanacion; pero aun cuando la hubiera no por eso dejaria de ser cierto, *que las obras de los poetas se compran y se venden*, es decir, se cambian por lo que llamis *vil metal*, que á su vez se convierte en otros productos materiales; no por eso dejaria de ser cierto, que cuando publicais un libro de poesías, os apresurais á recoger el producto de su venta; ó que cuando dais un drama al teatro, exigis el tanto por ciento que la ley os señala. Y esto es natural, es justo; y porque es justo y natural, no acierto á comprender cómo lo que he dicho escita hasta tal punto vuestra indignacion. Pues bien, desde el momento en que esos productos inmateriales del poeta se cambian por otros productos materiales, desde el momento en que se *compran* y se *venden*, entran bajo este punto de vista y sin que por ello pierdan nada de su carácter divino, en el dominio de la economía política; y están sujetos á la ley de la oferta y el pedido, y el economista debe estudiar las leyes que rigen en estos cambios, y levantar su voz cuando la injusticia y el monopolio tratan de introducirse en ellos; con tanta mas razon cuanto que en estas cuestiones se presenta el error envuelto en elegantes frases y elevados conceptos y protegido por nombres inmortales. Deber es del Economista apartar, con mucho respeto ciertamente, esos nombres ilustres; arrancar á la injusticia y al monopolio sus falsas vestiduras y entregarlos al público en toda su vergonzosa desnudez.

EL POETA.—¡Ah, vos no comprendereis jamás á los poetas! ¡Sus obras os serán siempre ininteligibles!....

EL ECONOMISTA.—Enhorabuena; suponed, y no olvideis que es una hipótesis, que el teatro me aburre, que la poesia dramática me hastía, que no comprendo á los poetas; por eso mismo no quiero comprar libros de poesia, ni me agrada que me obliguen á ello; por eso mismo no voy al teatro y me quejo si me hacen contribuir á su sostenimiento.

EL POETA.—¡Pero la poesia es un arte sublime.... y Homero, y Shackspeare, y Calderon, y Moreto....

EL ECONOMISTA.—Son unos genios de primer orden, pero ni ellos ni sus obras tienen nada que hacer en la cuestion que discutimos. La cuestion es de justicia, es de economía política, y en ella solo se debe consultar á la razon y á la ciencia, no á la poesia.—¿Debo yo pagar aquello de que no disfruto? debo, por ejemplo, contribuir á costear un teatro á que no voy?



¿Qué efecto produce la subvencion de los teatros en la riqueza nacional? Tales son las cuestiones que debemos debatir.

EL POETA.—Pero si no se subvencionan los teatros, se asesina á traicion á la literatura dramática; se la esclaviza á la avaricia mercantil. Por eso es preciso proteger el teatro, imponer leyes á la industria en nombre del arte, y no se verá que las empresas ponen en escena los absurdos engendros de Comella, con preferencia á las divinas obras de Shakspeare. Todo el que ame á su patria debe tratar de que se popularice la verdadera poesia, que es una gloria nacional al mismo tiempo que un recreo del alma.... la verdadera poesia, que asegura á los pueblos la vida del porvenir.....

EL ECONOMISTA.—Si acude al teatro mas gente á ver los engendros de Comella que las divinas obras de Shakspeare, será porque el público es un público bárbaro, á quien, sin embargo, no teneis el derecho de civilizar tomándole por medio de la violencia su dinero. Y esa violencia es mas odiosa, cuando haceis pagar á los que no han ido, van, ni irán jamás al teatro, y que nada han de sacar de él. Subvencionando los teatros, lo que haceis, es organizar *la espoliacion legal en nombre del arte*, sin ventaja para el país ni para la poesia. ¿Pero para qué necesitais proteccion, oh poetas! Si lo que os guia al pedirla es solo el interés de vuestra patria, dad vuestras obras de balde, y hemos concluido.

EL POETA (*muy asustado*).—Y de qué vivirían los poetas!!

EL ECONOMISTA.—Hola!—Con que trabajan y venden sus obras, no solo por la gloria, sino tambien para vivir! Entonces no es proteccion á la poesia lo que pedis únicamente, es *proteccion á los poetas*, y el resultado de esa proteccion, es que paguemos vuestras obras en mas de lo que queremos pagarlas. Cuando se subvenciona un teatro se comete una injusticia igual á la que se cometeria si se impusiera á todos los españoles una contribucion, para que algunos habitantes de Madridpudi eran andar en coche ó comer perdices. Y asi como en este caso se impediria á muchos españoles comer pan ó gastar zapatos, cuando se subvenciona un teatro, se quita al habitante de las aldeas alguno de sus pobres goces, y quizá los medios de llegar un día á comprender vuestras obras. Y mientras ellos aumentan su trabajo para conseguir de nuevo lo que les habeis quitado, el habitante del pueblo en que hay un teatro *protejido* disfruta un recreo y una enseñanza por menos de lo que cuesta producirla, y vosotros y los empresarios y los actores, sacais violentamente por vuestro trabajo un precio mayor que el que libremente y sin *proteccion* alcanzariais.

EL POETA (*que ha estado muy inquieto, cogiendo su sombrero y dirigiéndose á la puerta de la habitacion*).—No me comprendéis, os compadezco. Adios.

EL ECONOMISTA (*que le ha seguido, gritándole desde la puerta*).—No olvideis que los economistas no atacan la subvencion á los teatros porque desconozcan la utilidad de la poesia, y que para discutir sobre estas materias hay que dar de mano á las Iliadas y á la lira eolia y á la brisa de la tarde y al huracan de la borrasca, para acudir á Turgot, á Smit, á Say ó á Bastiat; á la ley de la oferta y el pedido, á las nociones de industria, riqueza, utilidad, y á los principios de justicia; en una palabra, es preciso que la imaginacion ceda el puesto á la razon, que no escluye el entusiasmo ni la fé, ni las creencias, pormas que diga que allí donde se quita á unos para dar á otros hay una injusticia y un daño general.



### INSTRUCCIONES RESERVADAS.

FEDERICO BASTIAT, arrebatado prematuramente por la muerte á la economía política, ciencia, á cuyos adelantos y propagacion ha contribuido mas que nadie, publicó en Febrero de 1848 un artículo con el anterior epigrafe, en que suponía que varios electores proteccionistas catalanes daban instrucciones á su diputado á Cortes sobre la conducta que debía observar para la defensa de los privilegios industriales del Principado.

Estas instrucciones son sumamente oportunas ahora que se trata de una reforma arancelaria, y nos ha parecido conveniente traducirlas; suprimiendo solo la primera parte, referente á los *medios políticos*, que no cabe en el cuadro á que debe limitarse EL ECONOMISTA, aunque esté escrita con gran conocimiento de los hombres y de las cosas.

He aquí las instrucciones, que parecen hoy debidas á un espíritu profético.

Si hay dos maneras de producir, una de ellas costosa, económica la otra, exigid que se imponga una contribucion sobre la segunda para favorecer la primera. Por ejemplo, si con sesenta dias de trabajo dedicado á producir lana pueden los españoles, dando esta lana en cambio, hacer venir de Francia *diez varas* de paño, y necesitan cien dias de trabajo para obtener esas mismas diez varas de paño fabricándolas en el pais, favoreced el segundo medio de procurarse paño á costa del primero. No podeis figuraros cuántas ventajas resultarán de esta medida.

Desde luego todos los hombres que emplean la *manera costosa* os quedarán agradecidos y os prestarán su apoyo.

Ademas, desapareciendo la *manera económica* poco á poco del pais y estendiéndose sin cesar la *costosa*, vereis aumentar el número de vuestros amigos y disminuir el de vuestros adversarios.

Por último, como una *produccion mas costosa* exige mayor cantidad de trabajo, tendreis de vuestra parte á todos los obreros y á todos los filántropos, porque podreis hacerles ver fácilmente cuánto se disminuiría el *trabajo necesario* para producir el paño, si se permitiera levantar la cabeza á la *manera económica*.

Pero no paseis de aquí y oponeos con todas vuestras fuerzas á que se examinen á fondo las cosas, porque, si llegára ese caso, ¿qué sucedería?

Sucedería que ciertas inteligencias, demasiado aficionadas á la investigacion, podrian descubrir la supercheria. Verian, con efecto, que si la produccion de las *diez varas* de paño ocupa cien dias de trabajo, hay *sesenta dias* perdidos para la produccion de la lana, en cambio de la cual se recibian de Francia, siendo libres las transacciones, otras quince varas de paño francés.

No disputeis sobre esta pérdida de sesenta dias. Es demasiado perceptible y seriais infaliblemente derrotados; pero llamad la atencion sobre los otros cuarenta dias puestos en actividad por la *manera costosa*.

Probablemente os contestarán: «Si hubiéramos continuado con la *ma-*



» *nera económica*, el capital que se ha dedicado á la producción directa del  
» paño hubiera quedado disponible en el país, y hubiera producido cosas  
» útiles en las que se ocuparían los cuarenta obreros que pretendéis haber  
» sacado de la ociosidad; siendo los productos de su trabajo comprados  
» precisamente por los consumidores de paños, que obteniendo á menor  
» costa el paño francés, conservan en su poder y pueden dedicar á otros  
» objetos una cantidad de remuneración suficiente para pagar á los cua-  
» renta obreros. »

No os detengáis á contestar estas sutilezas, y llamad soñadores, ideólogos, utopistas y economistas á los que así raciocinan.

Tened siempre á la vista las anteriores instrucciones. Por ahora el público no lleva sus investigaciones tan lejos, y el medio mas seguro de abrirle los ojos sería discutir. Puesto que las apariencias os favorecen, no salgais de ellas y burlaos de todo lo demas.

Podrá, sin embargo, suceder que algun día los obreros, viendo mas claro, os digan :

« Puesto que os valeis de la ley para elevar el precio de vuestras producciones, debeis, para ser justos, elevar por la acción de la ley el precio del trabajo, ó el salario. »

Para este argumento emplead el silencio todo el tiempo que os sea posible. Cuando no podais ya callar, responded :

« El alto precio de los objetos nos estimula á producirlos en mayor número, y para producir mayor número necesitamos mas obreros. Este aumento en la demanda de trabajo eleva los salarios, y por consiguiente las ventajas que reportamos de nuestros privilegios se extienden á vosotros por *carambola*. »

Tal vez os contestará el obrero : « Eso sucedería en efecto si el aumento de producción motivado por la carestía, se llevara á cabo con capitales caídos de la luna. Pero teniendo que sacarlos de otras industrias, no hay aumento de capital y no puede haber aumento en los salarios. El resultado único es que damos un precio mayor por los objetos que nos son necesarios, y vuestra *carambola* es una decepción. »

Dedicad todos los medios que vuestra imaginación os sugiera á explicar del modo mas embrollado posible el mecanismo de la *carambola*.

El obrero podrá insistir y decirnos :

« Si tanta es la confianza que las *carambolas* os inspiran, cambiemos de lugar: dejad de proteger los productos y protejed los salarios, fijándoles legislativamente un precio elevado. Todos los proletarios serán entonces ricos, comprarán muchos de vuestros productos, y os enriquecereis por *carambola*. »

Hemos hecho hablar así á un obrero, para haceros ver lo peligroso que es profundizar las cuestiones. Esto es lo que debeis evitar con todas vuestras fuerzas. Felizmente, al obrero, como trabaja durante todo el día, no le queda tiempo para reflexionar. Aprovechaos de esta circunstancia para escitar sus pasiones; declamad contra el extranjero, contra la competencia, contra la libertad, contra el capital, á fin de distraer su atención del *privilegio*.

Atacad ágricamente en toda ocasión á los profesores de economía política. Si hay un punto sobre el cual no estén de acuerdo, deducid que deben rechazarse las cosas sobre que estén completamente conformes.

He aquí el silogismo que debeis emplear :



« Los economistas están conformes en que todos los hombres deben ser iguales ante la ley ;

« Pero no están de acuerdo sobre la *teoría de la renta* ;

« Luego no están de acuerdo en todos los puntos ;

« Luego no es seguro que tengan razon cuando dicen que los hombres deben ser iguales ante la ley ;

« Luego es preciso que las leyes establezcan privilegios en nuestro favor á costa de nuestros conciudadanos. »

Este raciocinio producirá muy buen efecto.

Hay otro sistema de argumentacion que podreis emplear con gran éxito.

Observad lo que pasa sobre la superficie del globo , y si acontece en alguna parte un suceso desgraciado , decid : « He aquí lo que produce la libertad. »

Si Madrid pereciera en un incendio y para reconstruirlo se dejase entrar madera y hierro del extranjero , atribuid el incendio , ó por lo menos todos sus efectos , á la libertad de introducir hierro y madera.

Un pueblo ha labrado , abonado y sembrado todo su territorio. En el momento de ir á recojer la cosecha , una calamidad cualquiera la destruye por completo , encontrándose este pueblo , por lo tanto , en la alternativa de morirse de hambre ó de hacer venir subsistencias de fuera. Si toma el último partido (y lo tomará siempre) habrá una gran perturbacion en sus negocios ordinarios y experimentará una crisis industrial y financiera. Ocultad cuidadosamente que , despues de todo , vale mas sufrir esta crisis que morir de inanicion , y decid : « Si este pueblo no hubiera tenido la libertad de recibir subsistencias del extranjero , no habria pasado por una crisis industrial y financiera. »

Por experiencia podemos asegurarnos que este argumento os honrará extraordinariamente.

Alguna vez invocarán nuestros adversarios *los principios*. Burlaos de los principios , ridiculizad los principios. Este modo de proceder es de muy buen efecto en una nacion escéptica. Pasareis por hombre práctico , é inspirareis una gran confianza.

De este modo inducireis tambien á la cámara á poner en cada caso particular todas las verdades en tela de juicio , lo que nos hará ganar tiempo. Figuraos en que estado se hallaría la astronomía , si el teorema : *los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos* , no se admitiera despues de demostrado una vez , y fuera preciso demostrarlo en cada caso particular ! No se acabaría jamás.

Del mismo modo , si vuestros adversarios prueban que toda restriccion trae consigo dos *pérdidas* para un *beneficio* , exijid que empiecen de nuevo la demostracion en cada caso particular , y proclamad atrevidamente que en economía política no hay verdad absoluta.

Aprovechaos de la inmensa ventaja de que la nacion á quien os dirijis piensa que nada es verdadero ni falso.

Conservad siempre vuestra posicion actual respecto de nuestros adversarios.

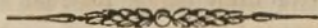
¿Qué pedimos nosotros?—Privilegios.

¿Qué piden ellos?—Libertad.

No quieren usurpar nuestros derechos ; se contentan con defender los suyos.



Por fortuna, en su ardor impaciente, son malos tácticos, lo bastante para buscar pruebas de su derecho. Dejadlos hacer, puesto que de este modo adoptan el papel que nos conviene. Fingid creer que el sistema que proponen es completamente nuevo, complicado, extraño, difícil, inseguro, y que les corresponde el *onus probandi*. Decid que vosotros, por el contrario, no defendéis *teoría* ni *sistema* alguno. Así estareis relevados de la obligación de probar nada, y todos los hombres moderados se pondrán de vuestra parte.



## VARIEDADES.

El día 20 de febrero se verificó la subasta de la sección de Valladolid á Burgos, del ferro-carril del Norte, adjudicándose á la sociedad del Crédito Mueble por una subvencion de 506,400 rs. vn. por legua.

Imposible es describir el entusiasmo que esta adjudicación ha producido. Las provincias que recorre la línea, la prensa toda, y casi pudiéramos decir toda España han batido las palmas, augurando una nueva era para las deseadas vías de hierro.

No censuraremos por cierto semejante entusiasmo, por mas que lo creamos un tanto exagerado en sus demostraciones. Pero es obligación de EL ECONOMISTA hacer observar una contradicción curiosísima que debe fijar la atención de nuestros compatriotas, que *padecen por la industria nacional*; esto es, que se ven obligados á comprar ciertos productos nacionales, *porque son nacionales*, á pesar de que cuestan mas baratos los productos de igual especie que pueden comprarse en el extranjero.

Lo que debe justamente alegrar á los españoles en la adjudicación del ferro-carril del Norte, (prescindiendo por ahora de la cuestión de subvenciones) es la *venida de nuevos capitales, que aumentarán la cantidad total de medios de producción de que disponíamos*. Estos capitales vienen del extranjero, y que sepamos, nada pagarán en la aduana.

La venida de nuevos capitales y su aplicación á la industria proporcionará una *producción mayor* á igualdad de trabajo, ó lo que es lo mismo, una masa mayor de *cosas útiles*, sean objetos materiales, sea facilidad de trasportes, etc. Pues bien, este efecto, que tanto y con tanta razón nos entusiasma, podíamos obtenerlo sin que vinieran capitales del extranjero, y viniendo, hacerlo mucho mayor, con solo aplicar á los *productos de la industria* la misma regla que á los *agentes con que se producen*.

Pero á los capitales no alcanzan los principios de los proteccionistas, si es que los proteccionistas se atienen á alguna cosa que pueda llamarse *principio*. El capital es el *medio*; vienen del extranjero capitales, y los proteccionistas se llenan de júbilo y se repican las campanas y se dan banquetes. Los productos son el *resultado*; vienen productos del extranjero, y los recibe con faz adusta el empleado de la aduana, y solo los deja pasar (si no son de los prohibidos) despues que han pagado los derechos establecidos con el objeto de que otros hombres, que tienen *capitales ó medios* en el país, puedan vender sus productos, peores y mas caros que los esiranjeros. Esto se llama *protección*.

Pero vosotros, capitalistas españoles, los que habeis construido hasta el día obras públicas, ¿por qué no pedís tambien *protección*? Con la venida de nuevos capitales, no se reducirán vuestros beneficios? ¿Por qué no clamáis contra esa invasión de *productos esiranjeros* en forma de *capital*?

Dentro de pocos días se celebrará la subasta del ferro-carril de Madrid á Zaragoza, que probablemente se adjudicará tambien al capital esiranjero, y los mismos que defienden la protección á la industria catalana, darán otro banquete á los representantes del gran central de Francia, sin que se les subleve la razón contra la inconsecuencia de que van á hacerse culpables.



Una observacion además. ¿Cuál será el efecto del ferro-carril del Norte? *Traer los productos de la industria francesa por menos precio á nuestro mercado.* Esto equivale á una rebaja en el arancel de la aduana. No faltará algun productor que pida muy pronto un aumento de derechos, para conservar el *nivel* de la proteccion, con lo que podemos decir que se destruirá el ferro-carril.

Tal es el sistema protector. Contradiccion sobre contradiccion, absurdo sobre absurdo. Por el contrario, los buenos principios económicos dicen: libre la entrada del capital extranjero, que es el medio; libre la entrada del producto extranjero que es el *resultado*. Con el capital tendremos mas gozes para igual suma de trabajo; con el producto obtendremos exactamente las mismas ventajas. Compare el pais uno con otro sistema, y elija.

Sentimos en el alma la determinacion adoptada por las Córtes, de no ocuparse mas que de las leyes orgánicas y de los presupuestos. Con esta medida se retardará indefinidamente la aprobacion de la ley que suprime la tasa del interés, la reforma arancelaria y alguna otra ley de gran interés económico. Pero si nosotros lo sentimos, los proteccionistas estarán de enhorabuena. En efecto, para los defensores de ma'as causas es una cosa importantísima el *ganar tiempo*. Por desgracia, entre tanto, pierde algo mas que tiempo el pais.

La cuestion de la Puerta del Sol continúa sin resolverse. El informe del tribunal contencioso parece que no ha sido muy favorable al famoso dictámen de la comision especial. Dios quiera, y así lo esperamos, que el señor Ministro de la Gobernacion no lo apruebe tampoco, y desprecie los clamores de los egoistas y de los ignorantes. Entretanto los propietarios tratan de organizarse en sociedad anónima. Hacen mal, porque es reeconocer derecho en la injusticia.

En la última quincena hemos visto con el mayor dolor sancionada la ley que autoriza al Gobierno para conceder subvenciones á los editores de obras españolas que se impriman para venderse en América. Un regalo á los de fuera de casa, cuando en casa nos falta que comer. Ya no solo nos *protejemos* dentro de España, sino que *protejemos* á los que viven á dos mil leguas de nosotros, cotizándonos, para que puedan leer por poco precio libros españoles, que serán los que el Gobierno quiera, puesto que la ley le deja completa libertad en este punto.

#### SUMARIO.

Reforma de los aranceles de aduanas.—La ciencia y la aplicacion.—La poesía y la economía política.—Instrucciones reservadas.—Variedades.

MADRID: — 1856.

Imprenta de D. JOSÉ C. DE LA PEÑA, calle de Atocha, núm. 149.